

863

R.

PQ 6633

.I6

NS

~~~~~  
Es propiedad. — Queda  
hecho el depósito que mar-  
ca la ley.  
~~~~~

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

14.321

## LA NIÑA DE SANABRIA

---

### I

Vivían los Sanabrias en el riñón del Madrid antiguo, en el Pretil de los Consejos, un case-  
rón derrengadote, caduco, que se honraba con  
balconaje de tornapuntas y guardapolvo, ale-  
ros musgosos y enorme puerta de berroqueño  
almohadillado, con su mohoso é hidalgo blasón  
en la clave. Pero con todo su gesto señorial y  
venerando, aquel solar histórico de cierta egre-  
gia stirpe no era sino casa de vecindad, alqui-  
lada por cuartos tan modestos cuanto incómo-  
dos, ya que en la torpe división que de él hi-  
cieron sórdidos administradores cupo á cada  
inquilino, no una casa, sino una fracción de pa-  
lacio, dos ó tres salotas cortadas por tabiques,  
á veces por paramentos de lienzo empapelado,  
que las dividían en porciones desiguales, con-  
tra toda higiene y estética convertidas en co-  
medores, alcobas, salas, etc.

Pero aquella misma vetustez adusta de la  
morada aristocrática fué sin duda el mayor  
atractivo con que sedujo á sus pacíficos habi-  
tadores, gente toda ella como cortada al pa-



trón de la casa, tranquila, callada, linajuda y venida á menos. Un segundón pobre, la viuda de un almirante, las huérfanas de un general, un canónigo, un coronel retirado, un magistrado jubilado y dos ó tres funcionarios cesantes. Nunca como en aquella casa fué la fachada verdadero rostro de un edificio, porque sobre acusar entera su estructura arquitectónica, exteriorizaba el espíritu de sus habitantes en su fisonomía de piedra, que parecía decir al transeunte curioso: "Cuanto hay detrás de mí es igual á mí misma". ¡Grande jactancia, á fe, en tiempos tan tornadizos, que á cualquier racha innovadora pudieran dejar por embustera á la ceñuda carota berroqueña!

Por aquellos días de 1898, que eran los corrientes al relacionarnos con ella, no había indicios de *reservas mentales* tras de la reverenda fachada; cuantos alentaban intramuros eran tan rancios y anticuados como sus sillares corroídos, gente toda ella veterana é incapaz de apostasía.

No anidaba allí más juventud que la de las dos niñas de Sanabria y los dos hijos de Auriolos, el retirado; pero... ¡de buena cepa eran los cuatro para ladearse hacia el siglo! Bastaba asomar los ojos á una y otra casa para convenirse de que ambas familias estaban aseguradas contra el mundo é *inmunizadas* contra el modernismo.

Y no vaya á suponer el lector que Sanabrias y Auriolos eran católicos de *diché* barato, de esos que las recetas de hacer éxitos fáciles mandan pintar con tizne de hogueras inquisitoriales y con gestos de traidores de melodra-

ma, no; ¡fuera convencionalismos y amaños! Tenga cada cual su valor propio; sean los hombres como los da la vida, mitad espíritu, mitad barro, ¡y Cristo con todos!

Los Auriolos y Sanabrias, como cada prójimo, tenían los defectos de sus cualidades, ya que la perfección no es de hombres: así, los justos pecan de lo contrario cuando presumen de justicia; los humildes, poseyéndose de su humildad, caen en soberbia, y toda virtud hallase expuesta á resbalar hacia el opuesto vicio. Y siendo tan difícil sostenerse en el fiel de esa balanza, guardémonos de tirar la primera piedra.

Hechas tales prevenciones, que importan á la inteligencia de los caracteres, no volveremos á meternos en dibujos—como decía maese Pedro,—y seguiremos enseñando llanamente las figuras del *retablo*.

D. Baltasar de Sanabria y D.<sup>a</sup> Inés de Hines-trosa tenían cada cual por su casa más quilates y enjundia de nobleza rancia que los que se requieren para cruzarse de todas cuatro órdenes militares, y ambos unidos formaban el más ahidalgado matrimonio de nuestra archilinajuda tierra. Juntas con los blasones recibieron de sus padres las altas virtudes que solían ser hereditarias en los linajes, siquiera se las conservase á fuerza de orgullo, como entre terrones de alcanfor los ricos paños. Pero es lo cierto que el orgullo y el alcanfor tienen propiedades antisépticas, merced á las cuales, prendas y virtudes de familia transmitíanse antaño de padres á hijos.

Dentro de aquel pasado estacionario, miso-



neísta, vivía el matrimonio Sanabria con sus dos niñas, Pilar y Pepita, rayana aquélla en los veinte años y ésta en los diez y ocho. La existencia de ambos esposos estaba por mitad en lo pasado, en la historia y en la nobleza, y por mitad en lo futuro, en la esperanza de otra vida; y consistiendo sus riquezas en pergaminos ó en virtudes—valores que no se cotizan—para lo del mundo, era como si nada fueran ni tuviesen; y así vivían en estrechez vecina de la pobreza, y en aislamiento semejante al no existir.

Habíanse apartado con susto del camino por donde rueda con fragor de mil tempestades el Progreso, que ofusca los sentidos con el rugir, zumbar, hervir y fulminar de sus máquinas, que estremecen la tierra con su trepidar salvaje y anublan el cielo con sus humaredas sucias.

¿Qué les importaba á ellos el *Progreso*, que tiránicamente lo absorbe todo, trabajando con furia desatada en labrar el bienestar de la materia, en deificar la carne de los felices, á costa del rugir y el blasfemar dantesco de los condenados sociales? ¿Es este mundo brutal *del hecho* el mundo evangélico del amor y de la caridad? ¿Se parece en algo este encarnizado luchar por lo terreno, á la paz que vino á traernos Cristo?

Yo no sé si los Sanabrias pensaban todo esto; pero aseguro que vivían como si lo pensasen, anclados en la historia y huyendo con instintivo horror de cuanto fuese evolución, mudanza. Género de contrabando eran, pues, en su casa las palabras progreso, innovación, modernismo, y gracias á la vigilancia de D. Baltasar,

no se dió el caso de que *papelucho liberalesco* ni *novelón amatorio* penetrase en la tradicional morada. Todo era en ella sosiego y acompasamiento conventuales; y estaban allí tan bien repartidas las horas entre sueño, trabajo, comida, tertulias, iglesias y lecturas, que ni se echaba de menos el tumulto de afuera ni quedaba resquicio al ocio ni al aburrimento.

Gustábale á D.<sup>a</sup> Inés que toda su casa relumbrase de puro limpia, que no hubiera pingo por medio, ni mueble fuera de su lugar, ni roto, ni descosido, ni mancha ni desgaste en prenda alguna. D. Baltasar, por su parte, se perecía por el orden, en la casa, en el tiempo, en las conciencias; y con maniática prolijidad, tenía lo reglamentado, distribuido, clasificado y rotulado todo, así los clavos y cuerdas, cola, goma, barnices, pintura y toda suerte de útiles de carpintería, cerrajería y restauración de cachivaches domésticos, como el archivo y aun el relicario de la familia, guardado éste en enorme bargueño *rococó*, donde conservaba rizos de pelo, gafas, dedales, sortijas, tabaqueras y gemelos de todos sus antepasados, con rótulos de estilo burocrático y conmovedor como éste: "Gafas que usó mi padre de mi alma, muerto el 7 de Enero de 1849.". Y por el estilo todos los demás.

Fácilmente se comprenderá que entre las perpetuas limpiezas y costuras que dirigía doña Inés y los perdurables arreglos que capitaneaba D. Baltasar, las excursiones diarias á la iglesia y los ratos de oración y lecturas piadosas—que en aquella casa eran los más del día,—no les quedasen á la familia más horas de va-



gar que las de la noche, entre el cenar y el dormir, ó sea de ocho á once en invierno y de nueve á doce en verano.

## II

Aquellas patriarcales veladas de los Sanabrias eran el lazo de unión de todo el vecindario y las horas de mayor esparcimiento para viejos y mozos. Formaban el núcleo de la reunión, juntos con los cuatro Sanabrias, los tres Auriolos, D. Ramón, el septuagenario veterano con sus hijos Felipe y Marcelo; y, á veces, cuando no había más gente, concurría también la Tomasa, antigua criada que, por muerte prematura de la señora de Auriolos, había hecho veces de madre para con los dos señoritos, á quienes quería al par del alma, tratándolos de tú por tú. Era también de los asiduos el canónigo D. Leandro Murrieta, gran tresillista, fumador perpetuo, lector incansable y psicólogo instintivo, á quien largos años de confesonario dieron la borla de doctor en tan difícil ciencia; y solían completar el cuadro el magistrado jubilado D. Prudencio Rovira, D. Teobaldo de Fonseca, el empobrecido segundón, las de Miranda, huérfanas de un general, y alguno de los tres cesantes, todos los cuales habitaban las numerosas viviendas del tercero, pues la viuda del almirante, que vivía ella sola todo el principal, se prodigaba poco.

Ya queda dicho que todos los vivientes en la casa eran tradicionalistas puros; mas cada cual asíase á lo pasado por muy distintas raíces:

unos, por apego y rutina de lo conocido; otros, por pereza de variar y temor á lo ignorado; éstos, por creer que ultramontanismo y religión eran sinónimos; aquéllos, por impulso recibido; y algún otro, por instinto retrospectivo, por amor melancólico á lo que fué y desdén de lo presente y venidero; de suerte que dentro del común tradicionalismo, cada cual tenía allí muy definida significación y diversa fisonomía, con la singularidad de que no era el canónigo de los más pegados al ayer.

Natural era que así sucediese á hombre cuya inteligencia jamás se estancó en el cómodo remanso de una aberración ó credo político, sino que, seguro de la fe que iluminaba su espíritu, marchaba con firme paso al andar de los tiempos, siguiendo con ávido interés el curso vario y esplendoroso de las humanas ideas. Era don Leandro Murrieta hombre de sólida instrucción que, como la de nuestros ingenios de los siglos dorados, tenía por firmes cimientos las humanidades y la teología; pero su viva curiosidad de saber extendíase hacia todas las direcciones del pensamiento: era un autodidacto infatigable, un estudiante perpetuo. Merecían, sin embargo, su predilección las ciencias sociales en toda su variedad opulenta; y como el constante estudio de las conciencias en el confesonario hubiese exacerbado su aguda percepción psicológica, hasta convertirla en una especie de *deformación profesional*, semejante á la que caracteriza á los novelistas de raza, singularizábase el P. Murrieta por su dominio de la difícil ciencia de las almas. Y aquella penetrante observación de lo invisible, aquel



hondo bucear en las conciencias, aquel análisis clínico de los espíritus, á través de sus envolturas, habían dado al Padre en lo moral ese *tacto vidente* que da á los médicos el señoría de la anatomía.

Fáltame decir, para completar su retrato, que llevaba el canónigo con viril gallardía sus sesenta y ocho eneros; fué militar en sus mocedades, y diríase que bajo su sotana se modelaba el acerado tórax de un guerrero, como bajo la austera personalidad del sacerdote se traslucía toda una estirpe de nobleza. El rayo intenso de sus pupilas azules, aguzado de hundirse en las conciencias, era irresistible aun á través de sus claros lentes azules cercados de oro, que animados por el fuego de su mirar, parecían dos zafiros vivientes.

Las niñas de Miranda—ninguna de ellas cumpliría los cincuenta—pertenecían á la abundante especie de andaluzas transplantadas: tenían de su nativa tierra el habla seseosa y pintoresca, la curiosidad preguntona, la versatilidad inquieta y la pasión por toda golosina; de Madrid, donde vivían ya como en su elemento, se les había pegado la sociabilidad contagiosa, el flaneo incurable y el enjuvenecimiento progresivo, de tal suerte, que cada año que pasaba tenían ellas uno de menos y se vestían con más gayos colores.

Amparito y Socorrito, que hasta en los nombres semejaban glosa y repetición respectiva, eran, como decía el canónigo en sus ratos de buen humor, un *pleonasm*, una redundancia mutua y continua: cada una parecía eco y reflejo de la otra. Socorrito, la menor, era lo que

en pintura arqueológica se llamaría una *réplica* de Amparito. Decían siempre *nosotra*, y en verdad que tenían *el yo doble*—así las llamaba el canónigo; porque natural era que usasen el plural para hablar de sus visitas, excursiones y proyectos, de cuanto hacían en común; pero lo curioso era que hablasen en plural de cosas tan personales como el estómago, el apetito, el frío ó el calor, de que por lo visto participaban de mancomún é *insolidum*. Así, ya se sabía: si al ofrecer á una de ellas un vaso de agua ó una golosina se negaba, era infalible que la otra no aceptaría; y cuando cualquiera de las dos decía: "*nosotra* tenemos frío," sabido era que la otra tiritaba ó se abrigaba in continenti.

Pero nadie lograría retratarlas mejor que lo hacían ellas mismas.

—*Nosotra*—decía una por ambas—somo do cuerpo con un alma: en todo pensamos lo mismo, y la verdá é que, fuera de lo de Dió, no pensamos má que en salir y en divertirno todo lo que podemos, y podemos bastante, porque tratamo á todo el mundo, estamos emparentada con lo mejor, como la niña de la suerte; y—¡en buena hora lo digamo!—desde que estamos en Madrid no hemo tenido *entre la do*, ni un mal *refriado*, así é que no hay cosa que no *haigamo* visto, ni fiesta que se nos escape á *nosotra*.

Pepita Sanabria, que desde pequeñuela era de la piel de Barrabás, había colgado un mote á cada tertuliente: á las Mirandas las llamaba *las niñas de Matusalén*; al canónigo, por sus penetrantes ojos, *los rayos X*, ó el *Aguila de Patmos*—frase que usó, naturalmente, el Padre en un sermón de San Juan;—á D. Prudencio Ro-



vira, que había sido fiscal largos años y de tanto pedir penas de muerte se le quedó el gesto espantado de por vida, le llamaba la pizpireta *Don Garrote*, ó «¡Fuego de Dios!», muletilla con que el buen señor expresaba su perpetuo asombro é indignación por todo; á D. Fermín Canseco—uno de los tres cesantes,—que corría parejas con las Mirandas en actividad investigadora de cuanto pasaba y no pasaba en Madrid, decíale la niña *el Averiguador universal*; á la Tomasa, la criada—madre de los Auriolos, una baturra legítima que metía en cada párrafo más aragonesismos que contiene todo el *Quijote* de Avellaneda, la llamaba Pepita la *Alcaldesa*, y á fe que lo parecía con su pelo alisado en cortinillas huecas sobre las orejas, su oscura falda redonda y su pañuelo de talle color de tabaco, sembrado de abigarrados floripondios.

Solos los Sanabrias y Auriolos se libraron de los motes de la chiquilla; y como á sus papás ya los conocemos moralmente, no se dirá aquí de ellos sino que D. Baltasar á sus cincuenta y dos años tenía el pelo y la rizada barba apuntada blancos como la nieve, la frente ancha, hundidas las mejillas, y bajo las fuertes pinceladas de las cejas, oscuras aún, ardían sus ojos negros, profundos y ensoñadores; revivían, pues, en él la cabeza y el alma de uno de aquellos ascéticos caballeros nuestros que perpetuó Theotocópulos, pintor de espíritus; y digna pareja de D. Baltasar era la hierática D.<sup>a</sup> Inés, que no cumplidos los cuarenta y cinco, no conservaba vestigio de coquetería ni vislumbre de insinuante gracia femenina en su cara enjuta, pálida,

espiritualizada, y menos aún en su vestir adusto, anticuado y casi monjil.

En cuanto al veterano D. Ramón Auriolos, asemejábase tanto en la figura al Conde de Benavente, ó quienquiera que fuere el castizo caballero inmortalizado por Velázquez, que aquel retrato pudiera serlo de los dos; y en lo moral era en persona el propio D. Lope de Figueroa, que nos transmitió vivo Calderón en su *Alcalde de Zalamea*, con su marcial rudeza y gallardía, con su pierna reumática—la que le dió el diablo,—su genio inaguantable y su corazón de oro.

El canónigo y Auriolos tenían, como los académicos, sus sillones propios en casa de Sanabria, y la noche que se metía en discusión redoblaban las puñadas sobre los brazaes de roble y cruzábanse de uno á otro sitial nubes de *¡córcholis!* y de *¡porras!*, que eran respectivamente las interjecciones favoritas de los dos benditos señores, si bien el veterano, como le apretasen el reuma ó la cólera, no se quedaba en la favorita y apuraba entero el repertorio castizo, con grande apuro de los papás Sanabrias, sonrojo de Pilar é irresistible regocijo de la empecatada Pepita.

De los dos hijos de Auriolos, Marcelo—el menor,—de todo el memorable año 98 no pasó en Madrid sino dos breves temporadas: el final de las vacaciones de Navidad y algunos días de Marzo á Abril, en circunstancias tan críticas como interesantes para los vecinos del caserón; así, dejaremos para entonces el conocerle.



## III

Antes hemos de hacer amistades con Felipe, el primogénito de Auriolos, muchacho listo, amable y simpático si los hubo, que no faltaba noche á casa de Sanabria: como que desde antes que le apuntase el bozo—y ya se rizaba las guías del negro bigote—era novio de Pilar, con beneplácito y aun entusiasmo de ambas familias, incluso el canónigo y la baturra Tomasa.

Fueron aquellos amores el idilio eterno; la unión inevitable de dos almas que se encuentran al amanecer de la vida. Pilar y Felipe eran las dos primeras juventudes que despuntaban en el arcaico solar poblado de vejeces y roído de tristezas: eran dos flores que juntas se abrían sobre el muro carcomido; dos aves que juntas cantaban en el vetusto alero verdinoso; y era ley y fuerza de la vida que el amor surgiese de ellos y los envolviera en sus mágicas redes tejidas de ensueños y atracciones misteriosas. Al principio, como acontece siempre en estos amores primerizos, Pilar, con ser la menor, era la mujercita seria, la protectora casi maternal de aquel muchachón inocente; después, cuando Felipe cursó la vida, al hallarse versado en ella, fuerte, dueño de sí, hombre, convirtiéndose en amparador de aquella débil criatura hecha de candor y misticismo.

Aquel viril sentimiento de protección era la fuerza más honda é instintiva que alentaba el amor de Felipe, que en el hervor de la moce-

dad soñaba, más que con ángeles, con mujeres. Pero Pilarcita no era un espíritu incorpóreo; á la dormida crisálida dentro del capullo le nacieron alas femeninas, y recatada en múltiples velos de púdicas timideces, dentro de la niña candorosa palpitaba con latir de savia nueva la mujer; y acaso la misma represión y encogimiento avivaban la hoguera de aquel amor que enclaustrado y sin aire más ardía.

No se le ocultaba á Felipe la vehemencia del escondido afecto; sentíase envuelto como en aura abrileña en la oleada de aquel intenso amor de virgen, y él, á su vez halagado, atraído, pagaba con cariño creciente el de la niña.

Con la luz de aquellos primaverales amores remozábase la tristonía vivienda de D. Baltasar y aun todo el palacón imponente. El matrimonio Sanabria y el veterano Auriolos sentíanse enjuvenecer en la parejita lozana; y el canónigo y la baturra, miembros allegadizos de las dos familias, compartían el gozo de los padres y venían á ser abuelos voluntarios que calentaban sus ateridas almas al sol de aquellas vidas nuevas.

Pilar era una criatura concentrada, en quien impresiones y afectos replegábanse á lo íntimo del sér; nada demostrativa de ellos, convertía sus energías todas en actividad externa que aplicaba á los quehaceres domésticos; nadie secundaba como ella el prurito ordenador de D. Baltasar y la pulcritud maniática de doña Inés. Pero como todo lo hacía calladamente, su diligencia y esfuerzos parecían ingénitos sin valor, sin relieve. Lo contrario acontecía con



Pepita, el duende, el diablejo, la alegría y la *loca de la casa*. Parecía, en efecto, la imaginación creadora, quimérica é impulsiva que iluminaba con sus azules llamaradas de ensueño el negro cráneo vacío del caserón temeroso. Con Pepita no rezaban los arreglos ni las limpiezas ni las costumbres metódicas... ¡Vaya usted á uncir á un arado al indómito corcel de la fantasía! Pepita era la flaqueza y el hechizo de sus padres: para con ella fallaban con las leyes inflexibles, los rigores autoritarios; en una sonrisa del diablejo se embotaban los filos á la voluntad, ó se quebrantaban los rayos de la ira. Todos, incluso el psicólogo y severísimo don Leandro, sentíanse envueltos en el encanto enervador con que aquella irresistible tiranuela los sujetaba y rendía: el poder soberano de la gracia, ¡uno de los más grandes poderes de la tierra! Porque no era el de la belleza el dominio de Pepita: la belleza es menos de temer, es algo estadizo, manso y apacible; pero la gracia es seducción dinámica, fluido invasor, electricidad, contagio, agresión contra la cual no hay defensa; es la mágica fuerza, casi demoníaca, con que la mujer se desquita de la ausencia de la belleza, poniendo en su expresión, voz y movimientos la que Dios negó á sus líneas. Y siendo venganza mujeril, ¿será la gracia algo diabólico? No lo sé; pero Pepita parecía acreditarlo: tales prestigios, sortilegios y hechicerías empleaba en atraer y embrujar á las gentes.

A Tomasa, que, como sus conterráneos, era toda voluntad y acción, encantábale la muñeca, y definiéndose á su modo la atracción á que obedecía, exclamaba riendo de gozo:—¡Ay, Si-

ñor, qué mañica ésta, qué torbellino de alegría, si paice *la jota*!—Y es que la jota es el dinamismo étnico de la enérgica gente aragonesa, el ritmo vivaz de aquella sangre activa y caliente. Así la baturra vieja sentía en Pepita revivir su mocedad, su Aragón, su jota, cuantas añoranzas dormían á lo hondo de su sér.

Al canónigo, por su parte, atraíale aquel cinematógrafo viviente, aquel vibrante sér mudable y enigmático, en quien inteligencia, fantasía y temperamento formaban tan enredada malla psico-fisiológica, que era difícil meter en ella con serenidad el escalpelo analítico. Luego... ¡quién se defendía de influjo tan prestigioso! Para manejar aquel tinglado de nervios, astucias y seducciones, había que ponerse guantes aisladores como para tocar los hilos eléctricos.

—¡Los demonios tiene en el cuerpo la chiquilla! Y el caso es que la quiero como un tonto, como si no viera yo que en ella no es oro todo lo que reluce—monologaba el canónigo;—que toda esa red de picardías con que nos envuelve á todos—¡á todos, á mí el primero, qué córcholis!—no es más que marrullería pura, instinto de dominio, artes demoníacas, sugestión mujeril, que como crezca con ella... ¡Dios nos coja confesados!... No; pues, Leandro, hay que ser hombre. ¡De mucho te servirían tus psicologías si no te sirvieran para conocer y dominar á una mocosa! ¡Y vaya si me servirán, y vaya si la dominaré! Pero, señor, ese Baltasar, esa Inés, ¿están ciegos? ¡A tu oficio, señor psicólogo!... Desde que la muñeca se vuelve mujer, el mecanismo se complica por horas. ¡Valiente máqui-



na una psicología femenina! Como que quien logra dominarla es maestro en el arte... y hay muy poquitos... El bárbaro de Shakespeare, el ladino del Padre Téllez y algún que otro novelista á la moderna... Lo que enseña es el confesionario; desde el lozano Arcipreste de Hita hasta el autor de *Pequeñeces*, ¡cuántos confesores hábiles en el dominio de la tal maquinital... Pero, disquisiciones aparte, lo que importa es observar á ese diablejo, y después... intentar el remedio, que se impone, porque ésa nos dará que hacer á todos... ¡vaya si nos dará que hacer!

Y el buen canónigo poníase á observar á la muchacha como podría observar un entomólogo á una mariposa en el aire; él mira que mira, y ella mareándole con sus revuelos y giros, y deslumbrándole con el rebrillar de sus alitas irisadas. Porque aquella criatura frágil, nerviosa, escurridiza, fuyente, era *inobservable*; todo en ella era impresionabilidad, percepción, movimiento, vibraciones y mudanzas que mareaban. Entre sus negras pestañas esplendían como dos esmeraldas vivientes sus ojos verdes, mudables como el mar, eléctricos, felinos, misteriosos, perturbadores. Entre los verdes ojos cambiantes de Pepita y los azules ojos fulmineos del canónigo se cruzaban miradas relampagueantes que al encontrarse chocaban con centelleo de rayos que se quiebran. La chiquilla se sentía observada, y se proponía marear al observador.

Un día, cuando más empeñado estaba el canónigo en su difícil estudio, ocurrió una cosa insólita. En casa de Sanabria hubo voces y al-

tercado gordo, y lo más increíble era que en aquella ocasión los papás, siempre débiles, se mostraban enérgicos y aun irritados contra Pepita, y hasta la reprendían con gritos y dureza.

—¿Qué ocurre aquí? ¿se cae alguna estrella del cielo? Cuando ustedes riñen á la niña... ¡qué habrá pasadó!

—Pues nada: que esta sabidilla se empeña en leer no menos que el *Quijote*: ¡figúrate!

—¡Córcholis y recórcholis, pues muy bien empeñada! No faltaba más sino que no la dejas leerlo—tronó el canónigo, cervantista hasta la medula, á quien la chiquilla pareció adivinar el flaco.—¡Mira, Baltasar, las religiosidades ñoñas y amadamadas me crisan! Más religiosos y más hombres que todos nosotros, ¡córcholis!, eran los reverendos del siglo xvii que aprobaban esos libros á los cuales hacéis ascos los católicos agabachados, ¡córcholis! ¡Pues no faltaba más sino que le pusiéramos el veto al *Quijote*! Mira, hija de mi alma: bajo mi responsabilidad, lo lees y lo relees hasta que te hartes, ¡córcholis!...

Y con esto ya quedó el buen psicólogo desorientado, dominado y á merced de la traviesa chiquilla, que se sacudió el yugo de su observación desconcertadora lo menos para tres semanas. Para una vez que quisieron ser severos los Sanabrias, ¡la hicieron buena!



## IV

El carácter de Pepita era como laguna que refleja en la superficie la luz y los objetos circundantes, pero que jamás descubre el fondo. Cuantos la trataban, seducidos por el centelleo de vida que irradiaba como aura eléctrica de toda su vibrante personita, sentíanse influidos por aquel estímulo contagioso, irresistible como el de la música ó el bullicio de una fiesta; y arrebatados por aquella racha fisiológica, decían todos á una: ¡Qué chica! ¡qué animada! ¡qué simpática! ¡Es un manojito de nervios! ¡Qué diferencia entre su hermana y ella!

Así, todos buscaban la conversación de Pepita, y singularmente los muchachos, los amigos de Felipe Aurioles, que hallaban en la charla y movilidad de la chiquilla un placer exquisito. Uno de ellos, preciado de corrido y hacedor de frases, dijo una vez á Felipe:

—Un rato de conversación con Pepilla Sanabria equivale á una ducha de agua fría, según refresca y activa la sensibilidad.

—¡Chico, no seas bruto!—le contestó picado Aurioles.

Y... para que se vea lo que son las sugestiones: desde aquel día comenzó Felipe á descubrir en su cuñadita mil trapacerías y artificios de coquetuela insinuante, mil defectillos monísimos, pero defectillos al cabo, en que antes no había él parado mientes. Acostumbrado á tenerla siempre por niña, por niñerías tuvo aquellas desenvolturas seductoras que no eran ya

sino *feminerías* inconscientes—¡claro está!—pero de las que piden correctivo ó remedio. ¡Remedio! ¡Correctivo! ¿Cómo había de poner él lo uno ni lo otro á las chiquilladas de la hermanita de su novia? ¡Bonito estaría que un muchacho de su edad se metiese á preceptor de niñas! ¿Habría á D. Baltasar ó á D.<sup>a</sup> Inés?... ¡Buen caso le harían ellos, que no veían sino por los ojos de su nena! Todo lo que lograría Felipe en tan quijotesca demanda sería perder para siempre la gracia de sus futuros suegros. Lo mejor sería que él se limitase á observar al arrapiezo.

Por ser aquella materia tan difícil para tratada con una niña inexperta y candorosa, no quiso él comunicarla con Pilar; y aunque sentía guardar á su novia aquella primer reserva, resolvió dedicar en adelante toda la atención á lo que un novelista llamaría el estudio psicofisiológico de Pepita.

Pero Felipe no era médico, ni novelista, ni psicólogo; tenía veinticinco años, y para tal estudio faltábanle el aplomo, la frialdad y el desinterés profesional. Luego... ¡buena era Pepita para estudiada!

¡Vaya usted á observar despacito el irisamiento de las pompas de jabón, el cabrilleo de la luz en las espumas del mar!

Pepita procedía en todo por arrechuchos, por desplantes ó por inspiraciones súbitas. ¡Cualquiera seguía los revuelos de aquella imaginación, los escapes de aquel temperamento, los giros de aquel carácter! Solamente el canónigo, relojero de almas y disector de conciencias, hubiera sido capaz de tamaño intento;



¡pero un muchacho inexperto é impresionable como él!...

¡Justamente la noche en que Felipe inauguró su estudio, estaba la muchacha para hacerla un coco! Ella, de continuo tan charlatana y bulluciosa, cuando se amurriaba era terrible: parecía unas veces tonta, otras mala, y hasta se ponía fea. Porque como su belleza no consistía en perfección plástica ni en ausencia de defectos, sino en algo que pudiera llamarse *armonía de desproporciones*, prestigio de la expresión, cuando su fisonomía se paralizaba ¡adiós gracias, adiós hechizos! quedábase fea; parecía tonta y hasta repulsiva; porque sus enojos eran una especie de anulación por despecho, ó suicidio transitorio, durante el cual el espíritu de la chiquilla, ofendido y rabioso, metíase en lo hondo de su sér, llevándose consigo todos sus encantos y atracciones.

Y el humor de Pepita ejercía sobre todos en la casa el mismo influjo que el estado atmosférico sobre las personas nerviosas é impresionables y aun sobre las que no lo son; porque no hay medio de sustraerse al tedio de un día brumoso, al bochorno precursor de la tormenta, á la acción excitante del frío ó al punzante calor del sol, que aligera los músculos y apresura el curso de la vida.

Al principio de la noche, Pepita estaba siempre charlatana, risueña, bulliciosa, y su alegría torrencial estallaba en cantos, risas y palmo-teos, que alegraban hasta las viejas piedras del caserón.

—Felipe, ¿conoces los valeses nuevos que tocan por ahí los organillos? Verás: larará,

lararí, lararíiii... Y con su voz veladita, insinuante, comenzaba á entonar los valeses, y el muchacho, arrastrado por la magia de la música, le hacía dúo. Antes de acabarse el canturreo, ya estaba Pepita enredando con lápiz y papel, empeñada en *sacar* un dibujo que no le salía. Su torpeza le arrancaba suspiros, exclamaciones, carcajadas: burlábase de sí misma y acababa por tirar lápiz y papel y levantarse enfadada.

—Trae el lápiz—ordenaba impacientado Felipe, suspendiendo el diálogo amoroso.

—¡No, no, hijos, seguid, seguid; si no quiero distraeros!

—¡Que traigas, criatura!

—¡Que no me da la gana!

—¡Suelta, local!

—¡Bruto, que me lastimas!

—¡Vamos, niños!—intervenían los mayores.

—¡Si es ella!

—¡Si es él!

Y como dos golfillos en riña, se disputaban el lápiz á brazo partido. Vencía Felipe, sacando ambos de la refriega heroica gloriosos arañazos; hacíanse las paces y ponía el muchacho manos á la obra bajo la dirección del arrapiezo. Y en tanteos, rectificaciones de líneas, borraduras con miga de pan, copias en limpio y pases en tinta, íbase lo mejor de la noche. Otras veces se trataba de copiar música: tenía Pepita que reproducir no menos que dos ó tres largas páginas de una *piesa*, trabajo que la profesora le encargó terminar para el día siguiente, y con la luz de la noche, tanto *rabito* y tanta *cabecita* de notas, la mareaban, la confundían; nada,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1225 MONTERREY, MEX.







ño, ó no se eran ellos indiferentes, ¡quí! En estas cosas, ¡lo que á mí se me escape...! Y... la verdad, ¡para que se la llevase un extraño...! ¡Si viniera Marcelico...!»

## V

Y Marcelico vino á los fines de Marzo. Acabados sus estudios en la Academia de Artillería, llegó de Segovia con una resolución grave y heroica: ir á la guerra voluntario. Pensado y hecho. Cuando D. Ramón lo supo, enrojació y palideció sucesivamente, se deshizo el lazo de la corbata, abrióse el cuello de la camisa, comenzó á respirar con fuerza y... estuvo á punto de caer en el mayor baldón para un veterano. Pero no cayó; sus ojos estaban encendidos, brillantes; las alas de su nariz temblaban nerviosamente; pero... ¡para algo era él hombre, y soldado, y español! Y con la cabeza erguida, miró á su hijo frente á frente.

Marcelo, plantado en firme delante de su padre, dijo con militar laconismo:

—¿No visto uniforme? ¿No llevo dos estrellas en la manga? ¿No soy tu hijo?... ¿Cuál era mi deber?

—¡Así hablan los hombres! ¿Qué voy á decirte? Aquél es tu puesto, y... ¡que Dios te acompañe! Pero ¡porral! ¡porral! ¿No eres mi hijo, y no estoy yo ya muy viejo? ¡porral!

Y aquí el veterano incurrió en la mayor flaqueza: desplomóse en su sillón de brazos y lloró como una criatura. Oyendo sus sollozos de fiero león vencido, Marcelo sentía en lo hondo

de su sér quebrarse la mole de su viril entereza; Felipe volvió la cara para ocultar su emoción, y Tomasa rompió á llorar á gritos:

—¡Ay mi Celico de mi vida! ¡Para esto le crié yo como si le hubiera parido!

Por la noche hubo también escena en casa de Sanabria: D.<sup>a</sup> Inés y las niñas lloraron; á don Baltasar se le arrasaron los ojos; al canónigo se le empañaron los lentes azules; todos rodeaban á Celico; y como no hay estímulo del afecto como el temor de perder á quien lo inspira, hablándole ó mirándole, envolvíanle todos en compasiva ternura ó admiración temerosa que enervaban los bríos del muchacho.

Todos veían en la persona de Marcelo algo sublime, como la bandera; algo sagrado, como la patria amenazada; y la juventud, el valor, la apostura del mozo, y la inminencia de los riesgos, de la muerte ó de la gloria, rodeábanle de una aureola ideal que parecía irradiar de su gentil figura y destellar de cada una de las prendas de su flamante uniforme.

Y como es cierto que las situaciones hacen á los hombres, Marcelo mismo sentíase crecer y elevarse á la altura de su deber de soldado y de la dramática proximidad de su expatriación voluntaria, pero desgarradora; y sin que él, en su marcial llaneza, lo pretendiese, de sus gallardas actitudes, de sus concisas palabras, de toda su persona y continente desprendíanse una majestad serena y una emoción virilmente contenida que realizaban el natural atractivo de su juvenil hermosura.

No se necesitaba tanto para despertar en una cabecita de niña un mundo de ensueños, una



dorada leyenda de amor y de gloria. Y sucedió lo inevitable. La presencia de Celico, envuelta en aquel prestigioso ambiente, sugirió á la impresionabilidad morbosa y á la calenturienta fantasía de Pepita una emoción intensa, un transfigurador deslumbramiento que, si no era el amor, tenía los síntomas externos y los íntimos arrobos delatores de esa dolencia divina.

A su vez, Marcelo sentíase atraído, como imantado, por el hechizo irresistible de la niña de Sanabria: el centelleo fascinador de sus verdes ojos enigmáticos aturdióle y le llamaba como un vórtice de delicias y misterios. La voz de Pepita cuando le hablaba era una caricia melodiosa; sus miradas, posadas en él, besaban y herían á un tiempo; sus grandes ojos glaucos, húmedos de emoción, parecían decir al soldado:—“¡Antes de correr hacia la muerte, ágame, amémonos siquiera un día, y puesto que te vas, toma mi alma y llevátela como viático divino!,”

¡Cómo resistir á tal sortilegio!... En aquellos días Marcelo diría que los horizontes del mundo se habían ensanchado delante de él, que las gentes habían crecido, que los sentimientos alcanzaban alturas inaccesibles, rayanas en el delirio, en la demencia. ¡Todo era en torno de él fascinación, gloria, riesgos, muerte, amor, locura!

Por las noches, cuando se dormía, veíase en medio de dos opuestos abismos, que le atraían con doble vértigo irresistible: el uno inmenso, resplandeciente, verde, movedizo, amenazador, sublime: el mar, el augusto océano surcado por ráfagas esplendorosas de gloria y por sangrien-

tas ráfagas de muerte sobre las cuales cabalgaba el espectro pavoroso de la guerra como desmelenada visión apocalíptica; el otro abismo, más transparente, más verde, más profundo, más mudable, enigmático y peligroso que el mar: los glaucos ojos de Pepita, que destellaban relámpagos esmeragdinos, irresistible fascinación de amor.

—¡Imposible, imposible!—murmuraba Marcelo al despertarse, como quien rechaza un fantasma.

## VI

Por aquellos días las tertulias de Sanabria estaban animadísimas. Las Mirandas, ansiosas de verlo, de olfatearlo y palparlo todo, acudían las primeritas, cuando aun cenaba la familia, y mutuamente se quitaban la palabra.

—¡Quieto, quieto, todo quieto! Nosotra no somos nadie, sino que como para las ocasiones son los amigos, estamos estos días desvelada con ustedes.

—¡Pobresito Marselo!

—Pues ¿y el señor de Aurióles? ¡Aun me da más lástima! ¡A sus años, y qué golpe!

—¿Todavía no han venido?

—¡Claro! en día como esto...

Tras de las Mirandas entraba el famélico cesante Canseco, el *Averiguador universal*, provisto siempre de periódicos, de noticias y de mentirotas estupendas á propósito de la guerra, de las potencias y de cuanto Dios crió. Después llegaban Felipe y Marcelo, cargados de paquetes que todos curioseaban; eran tristes



preparativos para la próxima partida: un vaso de campaña, filtros para el agua, maquinillas para alcohol, curas antisépticas apestando á yodoformo, y otros mil objetos que evocaban el horror de la guerra y la trágica visión de la manigua.

Del brazo de Tomasa, inseparable de su señor y de su Celico en aquellos días, entraba Auriolos, arrastrando su dolorida pierna y empeñado en falsificar con chirigotas y carcajadas que rezumaban llanto una entereza que le abandonaba por momentos.

Venía después—¡fuego de Dios!—D. Prudencio Rovira, con su espantada faz y su muletilla perdurable. Solía acudir también por entonces, disfrazando la curiosidad de interés, el linajudo y paupérrimo D. Teobaldo Fonseca, caballero inaguantable de puro fino, puntual y ceremonioso, hombre que ni daba ni recibía noticia alguna, porque de todo estaba enterado *ab initio*; y entraba el último—siempre con libros ó revistas bajo el brazo—el canónigo de los anteojos cerúleos.

En el grupo Miranda-Canseco armábase en seguida baraúnda y zacapela sobre chisme de más ó notición de menos, y pronto se corría el fuego por todo el elemento grave, empeñado en distraer á Auriolos; mientras, la *Alcaldesa*, callada y amurriadota, marcaba calcetines de Marcelo, contentándose con murmurar de vez en cuando:—¡Señor, y qué *estrapalucio!*

Aprovechándose del alboroto, Celico y Pepita pegaban la hebra. Empezaban por el viaje, los preparativos, la despedida, la guerra, la distancia, los correos que tardaban siglos; poco á

poco se iban animando y elevando, y ya no hablaban del mundo, ni de la vida, ni de los riesgos próximos; hablaban de ellos mismos, de sus ensueños, de sus almas, de la dicha...; y luego no hablaban de nada: su coloquio se componía de monosílabos, de sonrisas, de miradas extáticas, persistentes... Y Marcelo sentía la sollicitación y el vértigo del abismo; sentíase en el filito de aquel abismo verde, transparente, enigmático: los ojos glaucos, felinos, eléctricos, de Pepita, que, clavados en los suyos, le sorbían el pensamiento, le bebían el alma.

Felipe, entretanto, estaba preocupado, nervioso; no cesaba de mirar á Pepita y á Celico; á su hermano, sobre todo, mirábalo con insistencia tenaz; sin duda, el temor de perderle, la emoción de su marcha inmediata, absorbían su atención y le alejaban del diálogo amoroso. Pilar, prudente siempre y emocionada ella misma, respetaba la preocupación de su novio; pero no podía menos de envidiar á Marcelo y á Pepita, que parecían olvidarse de la tierra.

Observándolos pensaba Felipe:—¡Señor, eso es ya demasiado: bueno está que se miren, que se hablen; pero esa abstracción, ese enajenamiento ciego!... Celico se pone como un loco. ¿Qué prestigio, qué magia tienen los ojos de esa niña que parece que tiran del albedrío y de la razón de los hombres?...

Y después decía á su novia:

—¿No te parece, Pilar, que esos amoríos de los niños son una verdadera locura?

Y Pilar, que, sin saber por qué, se alegraba en el alma de que Pepita y Marcelo llegaran á



amarse, no podía menos de contestar ingenuamente:

—¡Cómo locura, hombre! ¡pues si yo estaba tan contenta de que ellos también se quisieran!

—Hacé algún tiempo, Pilar, que parece que no nos entendemos en nada—contestaba de mal talante Felipe.

—¡Hombre, por la Virgen, no te enfades!

—No, si no me enfado, mujer: es que estoy desazonado, inquieto, ¡qué sé yo! Compréndelo.

En el grupo de los mayores no pasaba inobservado el coloquio de *los niños*, como llamaban todos á Pepita y á Marcelo. D.<sup>a</sup> Inés no les quitaba ojo; D. Baltasar los miraba de vez en cuando entre curioso y contento; el terrible *D. Lope de Figueroa* lanzábales á hurtadillas miradas picarescas y sonreía de gusto bajo su fiero mostacho blanco; la *Alcaldesa*, suspendiendo la asidua labor de los calcetines, clavaba en la parejita nueva sus ojuelos garzos enrojecidos de llorar, y murmuraba extasiada:

—¡Rediezla qué mañicos, la Pilarica los bendiga; si paicen nacíos para' en uno!

Y el maestro psicólogo, tras de los relumbrantes discos azules, flechaba á los chiquillos miradas escrutadoras, que acababan en exclamaciones *mentales*:—¡Córcholis con el pispajo de los ojitos verdes! ¡Pues si empieza así, Dios nos asista!

A las inquietas Mirandas no se les escapaba ápice de cuanto en la tertulia sucedía. ¡Ellas, ellas fueron las primeritas en *guiparlo* todo! ¡Como que para cosa de *noviajo* tenían ellas una *narís* y un *quinqué*! Así que aquella noche, después de lo que habían visto por sus ojos,

las *niñas* salieron á la escalera peleándose con Canseco sobre quién adivinó antes el amorío naciente, y reventaban por desembuchar la noticia; y como viesan luz en la antesala de la almiranta del principal, comprendieron que aun tenía gente, y desgajando la campanilla de un tironazo, hicieron irrupción en la sala, donde aun quedaba algún amigo rezagado, gritando á dúo:

—¡Adiós, Consuelín! No se molesten, señore; no veniamo má que á darte la buena noche y un notisión para que sea tú la primera en saberlo: ¡la niña de Sanabría y Celico Aurióle son ya novio! ¿Qué nos dise, mujé?...

Por la casa de Aurióles circulaba también la impresión ambiente. La baturra, al darle las buenas noches á su niño, entre abrazos y *empentones*—como ella decía,—largóle esta salutación ingenua:—¡Adiós, Celico mío! ¿Conque te paecían pocos ojos pa lloráte los nuestros! ¡Pus bien pusiste los tuyos, porque la mocica es de oro, maño: la Patrona te la guarde!

Y el veterano, besando á su hijo, ya á la puerta de su cuarto, sonríóle como quien todo lo sabe y díjole con voz hueca:—¡Ay Marcelico!... ¡qué quieres que te diga! No me opongo, hombre—¡ni pensarlo!—pero lo siento... ¡Rayo! Siento de veras que te lleves á la manigua este devaneo de amoríos! ¡ibas mejor libre y señero, porra!

—¿Pero, padre, qué dices?... Si yo...

—¡Vaya, duerme bien, que á mí no me la das tú, pipiolo!—Y se retiró bruscamente; ya en su alcoba, que lindaba con la de Felipe, abordóle éste á su vez.



—¡Mira, Marcelo, yo no me las echo de hermano mayor ni de dómine; pero...

—¡Adiós, tú también!...

—Si valieran consejos, te diría yo que ese caprichito de última hora ninguna falta te hacía...

—¡Pero, Felipe!...

—Pepita es dominante, absorbente, fascinadora; y si caes en sus redes... ya puedes renunciar á tus hipos de independencia y á tu ambición de gloria...

—¡Qué redes ni qué calabazas!

—... ya puedes darte por anulado y vencido.

—¡Mira, déjame de sermones, que tengo sueño y mañana nos veremos quizá por última vez!... ¡Buenas noches, hombre!—Y un abrazo fraternal, tierno y largo puso fin á la frustrada conferencia.

Ya en la cama, Celico empezó á predicarse á sí mismo los sermones que no quiso oír de los suyos.

—¡Qué van á decirme á mí!... ¡Si yo lo sé todo mejor que ellos, caramba! ¡Que si es dominante y hechizadora la nena!... ¡Como si no sintiera yo mejor que nadie el poder de sus hechizos!... ¡Demonio!—Y vuelco en el frágil catre de hierro, cuyos flejes temblaban estremecidos. —Pero á buena parte viene la niñita con su aparato de absorción y de dominio, ¡centella! Al hijo de mi madre cualquiera le domina, ¡rayol!... ¡Y cuidado que es mona y retrechera y adorable la Pepilla de mis culpas!... ¡No hay *châmpagne* que se suba á la cabeza como la mirada reidora de sus ojitos de esmeralda!... ¡Y me vienen á decir á mí!... ¡Vamos, que para aquí

quisiera yo el valor, no para delante de las cochinas balas enemigas!—Y chapuzón entre sábanas y temblaqueo de los flejes.—Si esta noche, cuando me miraba ella... ¡vergüenza me da el pensarlo! pero sentía ganas de mandar al demonio la guerra, el deber, ¡hasta mis dos estrellas nuevas!... ¡Pues no faltaba más sino que por una muñeca de cuerno fuera yo á echar á rodar mi porvenir y mi honra de soldado! Porque con la criatura esa no se puede compartir el alma. ¡Quiá! ¡La coge entera, la hace un lío y se la lleva entre sus garritas de rosa! ¡Centella! ¡Pues yo soy militar hasta los tuétanos, porque lo llevo en la sangre! ¡Bueno fuera que se blandeara mi entereza cuando más la necesito para desgarrarme de esta casa, de mi viejo! ¡Caramba, eso sí que me duele!... ¡Mañana verán quién es Celico!...—Y chapuzón decisivo y repiqueteo final de los flejes.

Entretanto, á Pepita parecíale vivir y respirar en una atmósfera sidérea: parecíale que su casta alcobita de niña era toda ella una nube opalina, resplandeciente, empapada en nacaradas luces ideales, surcada por deslumbradoras fulguraciones misteriosas; imaginábase que el ensueño que llevaba en su mente venía de afuera, irradiaba de las blancas paredes, de los cuadrillos místicos que de ellas pendían, del alto techo negro, de las níveas ropas y de los encajes de su camita de virgen, y lo inundaba todo en un albo fulgor difuso y prestigioso como el de la luna...—¿Me quiere? ¿Le quiero?—se preguntaba la niña soñando despierta.—¡No lo sé!... ¡Pero qué guapo, qué gallardo, qué noble es Celico! ¡Será esto el amor! ¡Y pensar que



se va tan pronto, y á la guerra, Dios mío!...—  
Y el divino ensueño se mojaba de lágrimas, y  
las lágrimas se irisaban, se evaporaban en la  
luz ultramundana del ensueño!...

## VII

Al día siguiente, Pepita se levantó temprano, apareció desde por la mañana peinada y vestida, luciendo una blusa blanca y un delantal lleno de encajes y de lacitos color de rosa. Estaba pálida, muy pálida, y en torno á sus ojos extendíanse dos halos violáceos que realzaban el esplendor de sus pupilas flameantes sobre el iris verdeluz. Dedicada con afán al cuidado de sus tiestos de claveles, iba y venía por toda la casa, como en anhelosa espera. Pero Marcelo no apareció en todo el día: las visitas, las despedidas, las mil atenciones de última hora... Las Mirandas entraban y salían, avizorándolo todo.

—Oye, Pepita, ¡qué pálida y qué interesante está, monina!

—El caso no é para meno, mujé.

—Se comprende; hay cosa que... vamo... nos ponemo en tu lugá, hijita.

—¡Por vida de las niñas de Matusalén!—rene-gaba Pepita;—¡qué avisadas y qué oportunas son siempre!

Por la tarde las Mirandas pasaron á casa de Auriolos; iban á decir á Marcelo que si quería llevar una visita ó una carta de la almiranta para un pariente suyo que desempeñaba en Cuba alto cargo militar, ellas tendrían sumo gusto en presentarle á Consuelo. Aceptó don

Ramón la oferta, con vivo gozo de *las niñas*, que bajaron al principal con Celico. Encontrábase allí casualmente Aurorita Valdés, una preciosísima sobrina de la almiranta; y cuando volvieron las andaluzas á casa de Sanabria, todo fué hacerse lenguas de la belleza de Aurorita y de la galantería del teniente.

—¡Ay, hija, Pepita, *nosotra* no quisiéramo desírtelo; pero Aurorita es una presiosidá, una perla, y cualquiera diría que á Marcelo le ha dado flechazo!

—¡Estaba encantado, hecho un almíbar!

—¡Vámos, parece que á estas memas se lo pagan!—pensaba Pepita, cada vez más excitada y nerviosa, al paso que el largo crepúsculo de Abril se extinguía y se acercaba la hora terrible de la despedida.

Y llegó por fin, y realizóse una vez más la escena cruel, repetida entonces—¡y con qué fruto!—en tantos hogares de España. Felipe y Tomasa lleváronse antes á D. Ramón á casa de Sanabria, para que todos le rodeasen y consolaran en el momento supremo; y allí se congregaron también el canónigo, las inevitables Mirandas y *el Averiguador* Canseco, vulgar curioso de emociones, que no perdonaba relato de crimen, desgracia callejera ni conmovedora escena de familia.

El matrimonio Sanabria estaba emocionadísimo; Pilar, muy seria y demudada; Pepita cambiaba de color por momentos, y entre sus dedos nerviosos destrozaba los encajes del delantal; desde el anochecer estaba muda, quieta, sin risas ni luz en la cara: no parecía la misma.



La cabeza de Auriolos semejaba de cera ó de alabastro antiguo, empalidecido en la sombra húmeda de las catedrales; las guías de su marcial bigote colgaban lacias y revueltas, y hasta creeríase borrado su parecido con el conde de Benavente: era otro hombre.

Transcurrió una eterna media hora de especulación muda, intolerable; nadie osaba romper aquel silencio medido inexorablemente por el tic-tac del reloj de pared, que vertía gota á gota sobre el corazón del viejo soldado los momentos que apresuraban la marcha de su hijo... Por fin aparecieron los dos hermanos: delante Felipe, detrás Marcelo, sin color ni en los labios, pero erguido, sonriente, sereno...

Sin afectación ni esquivez saludó á todos; se fué despidiendo casi sin palabras; al llegar á Pepita, su tranquila frialdad—estudiada ó no—era perfecta; y sin acercarse mucho ni bajar apenas la voz, la dijo:

—Adiós, niña; reza por mí como por un hermano: así quiero que me consideres.

Pepita levantó la cabeza súbitamente, y Marcelo acabó con naturalidad absoluta:

—Y que sepa yo pronto que has encontrado un novio como tú lo mereces, hermanita.

El golpe fué tan rudo, tan público y tan certero, que, aunque la niña de Sanabria era un amor propio viviente, en vano quiso hablar, sonreír: sus rodillas se doblaron, y temió desplomarse exánime; pero la energía de su voluntad la sostuvo.

Entretanto Marcelo había caído en los brazos de su padre, y por un momento oyóse distintamente el pulsar de los dos corazones varoniles;

pero el veterano, reuniendo para aquel trance todo su valor antiguo, besó la cabeza adorada que reposaba en su hombro y animosamente abrió los brazos, dejando escapar á su hijo, que, seguido de Felipe, salió de la habitación como un loco, mientras el canónigo, desde la puerta, extendía sobre él la mano para bendecirle. Cuantos quedaban en la casa rompieron en llanto y en sollozos con explosión semejante á la que estalla en los duelos cuando sacan el ataúd y se oye en la calle el rodar de los coches del entierro.

Cuando los dos hermanos entraron en el pe-setero que los llevaba á la estación, ni uno ni otro podían hablar, ni hablaron palabra en todo el camino. Ya en el andén, repuestos de la emoción primera, y dueños de algunos minutos que compartir todavía, dijo Felipe:

—Celico, te has portado como un valiente.

—Merezco la laureada, pero no por lo que tú crees, sino por lo de papá; jesa sí que es penal... ¿Lo otro?... lo otro te confieso que al pronto me pareció irrealizable: estaba yo bajo una fascinación verdadera, y si no corto por lo sano... ¡creo que hago un disparate!... Pero la milicia es sacerdocio también; el soldado ha de empezar por vencerse á sí mismo. Ahora me alegro de haberme portado como un hombre, y comprendo que ni la chiquilla ni yo estábamos enamorados, ni fué todo ello más que una alucinación pasajera. A mí me cegaron sus empecatados ojos verdes y á ella mi uniforme, mis estrellas, que brillan como nunca en esta obsesión ambiente de patriotismo y de guerra, y más brillaban aún en esa apoteosis en que me

33802

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RÍOS"  
CALLE 1825 MONTERREY, MEXICO



habéis envuelto todos con vuestro cariño estos días... ¡Créeme, Felipe, yo ya soy un hombre, un militar, un hombre de acción, no de palabra ni de fantasías, y he vivido mucho desde que voy hacia la guerra y miro á la muerte cara á cara! Créeme, Felipe, y dile á papá que me voy curado y libre de amoríos.

## VIII

Aun vibraban en casa de Sanabria los tristes ecos de la despedida de Marcelo; aun sollozaba en silencio el pobre padre, gemía ruidosamente la baturra, lagrimeaban callando Inés y Pilar, y suspiraban en falsete y al unísono las Mirandas, cuando Pepita, levantándose bruscamente, con los ojos secos y brillantes, las mejillas encendidas y la desdenosa boquita febril, roja como una guinda, despidióse de todos inexpresiva, pero serena, casi sonriente, pretextando un fuerte dolor de cabeza, que se curaría durmiendo, y salió entre señitas y guiños mal disimulados de las Mirandas y Canseco, y seguida del penetrante rayo azul de la mirada del canónigo.

Mientras se despedía de sus padres, oyó la niña á Socorruto una frase que se le clavó en el alma como puñal afilado:

—¡Pobresiya, tiene razón!—musitó Amparito, y su eco respondió:

—¡Claro, si esto de Marselo ha sido un bofetón sin mano!

—Justo, un bofetón sin mano —pensaba Pepita, explayándose en la soledad de su alcoba,—

un golpe que ofende aún más que hierre, que enrojece la mejilla y arde en ella con calor de vergüenza, con fuego de ira, con escozores punzantes de despecho!...

Y más que desnudarse, arrancábase á puñados y á tirones la ropa, como si se arrancase con cada prenda las ilusiones con que se las había vestido; y el delantalillo de encajes, desgarrados en la voraz impaciencia de la espera; la blusa blanca, ajada y estrujada entre los dedos como una flor marchita; la cinta rosa del cuello, los claveles... todo cayó por tierra como su loco ensueño de un día.

—¡El imbécil, el presumido, el orgulloso de Celico! —exclamaba furiosa la niña.—¡Qué se había figurado ese pedante! ¡Vamos, se le subieron á la cabeza las estrellitas y todos los honores y rendimientos que aquí le hemos hecho á Su Excelencia!... ¡Vaya, ni que fuese alguien! ¡No nos ha faltado más que salir á despedirle con antorchas!... ¡Pero todos, todos, hasta don Leandro!... ¡Qué atrocidad! ¡Todos en adoración delante del mequetrefe!... ¡Todos, todos, sí, señor, y yo la primera, la peor de todos, yo! ¡Imbécil, estúpida, mema! ¡Y dicen que tengo talento!... ¡Soy una acémila, un adoquín, una necia de solemnidad!... ¡Qué rabia, qué rabia!... ¡Me comería los puños, me daría de calabazadas contra la pared!—Y rompió á llorar nerviosamente.—¡Ay, ay, qué bochorno, qué humillación, qué ira!... ¡Y las tontas de las Mirandas lo contarán por ahí, lo dirán en casa de la almiranta, y se enterará la Aurorita de mis pecados!... Aurorita... ésa, ésa tendrá la culpa de todo... ¿Será verdad lo del flechazo?... ¿Le gus-